

A PIE
DE CALLE



CATALINA
Gayà

ALBERT BERTRAN



► Un reflejo de la catedral, en el edificio del arzobispado de Barcelona, ayer.

Reflejos de la ciudad escondida

Es esta una ciudad de reflejos, de vidas que se ven y de muchas otras que solo se ven si se buscan en el reverso de la ciudad. En la calle del Bisbe hay una ventana en la que se reflejan varios pináculos de la catedral, también alguna gárgola. Solo hay que levantar la vista para ver esa perspectiva de Barcelona y moverse para que cambie la película. Ayer un señor vestido de estatua refunfuñaba en el suelo. En el reflejo, las nubes se movían.

Las ventanas de la biblioteca del Arxiu Històric de la Ciutat dan a la plaza de la Catedral, y por ahí se refleja el pasar de los turistas, de los ciudadanos apresurados y de las bicicletas.

Observando la ciudad reflejada, pilló una charla de dos vecinos, de esos que andan a pie de calle. «Soy hijo de padres con preferentes», dice uno. Yo regreso mi atención al suelo y no puedo más que escuchar la charla. Los estafaron, a sus padres, y, suerte, mucha suerte, de que el padre no se creyó todas y cada una de las palabras del director de la sucursal porque ahora «hubieran perdido todos los ahorros de una vida». Me acerco, le digo que soy periodista y que busco la ciudad del revés y que, lo siento, he escuchado su historia.

Me mira con cara de espanto y, ya más calmado, explica que lo de las preferentes no es todo; ni mucho menos. A sus padres, durante años (no se acuerda de cuántos) han querido sacarlos de su casa. ¿Por qué? «Porque pagan un alquiler de los de antes. Les han cortado la luz de la escalera. Es un desastre», dice, y me pide que no publique nada más que estas palabras por miedo a que finalmente los echen de un casa que ha sido «su casa» desde que en Barcelona caían bombas.

Hasta 11 personas vivían en un piso de 65 metros con una manguera por ducha

Ayer por la mañana no llovió en Barcelona, pero a mí me parecía que había llovido sobre mojado. Busco el que es el mirador de la ciudad volteada. Está en el CCCB y es ahí donde se ve Barcelona del revés.

Lástima. La imagen no se ve desde el banco que hay enfrente del mirador. Hay que estar de pie, en medio del Pati de les Dones, levantar la cabeza y mirar: se ve el puerto, los cipreses del cementerio de Montjuïc,

el ir y venir del teleférico, la Ciutat Vella más abigarrada, más llena de antenas, de vidas, unas sobre las otras, unas sin entender las otras.

Leí una entrevista con **Josep Lluís Sert**, publicada en 1933, en la que el arquitecto del GATCPAC argumentaba que la única solución para el entonces Distrito V era que desapareciera.

Han pasado 80 años y el barrio ha cambiado. Se ha esponjado el tejido urbano, se ha abierto la Rambla del Raval, se han levantado museos, edificios de la UB, están el Gato y la Filmoteca, pero sigue existiendo la miseria. Tres familias viven juntas para poder pagar un alquiler de 700 euros. Desde que la crisis dejó a uno de los hombres sin trabajo, ha llegado otra litera, y ahora ya hay otra persona en la casa.

Hace unas semanas, en esta ciudad que no se ve, supe de un piso en el que vivían 11 personas. El piso: 65 metros cuadrados y dos habitaciones. Ya no están y por eso se abrió la puerta. Cuando se abrió, los vecinos supieron que, durante siete años, esa gente no había tenido una ducha decente; solo una manguera.

Ayer miraba el dorso de Barcelona en el CCCB. Una nube pasaba. Algunos viernes, jóvenes filipinos ensayan ahí, por parejas y tacón puesto, bailes pop. Un día les pregunté si también celebran los 15 años como hacen los latinos. Se rieron. «No», y siguieron bailando. Buscaban su propio reflejo en el edificio acristalado, y contaban los pasos: «Un, dos, tres, quatre». ≡